

Alta mar, Julio 2 de 1872.

QUERIDA MARIA:

El día 19 del pasado, como recordarás por mi anterior, salí de Turin y, despues de algunas horas de camino en el tren, desde el que se gozaba de algunos puntos pintorescos y la vista de pequeñas poblaciones, entre finalmente al túnel de Montcenis y que termina en la frontera de Francia.

Este túnel es extraordinario por haber taladrado los Alpes de una parte á otra, de modo que se entra por la frontera de Italia y se sale por la de Fran-

cia, teniendo, segun me aseguran, doce leguas de longitud; lo mas particular que acompañó á este gran socavon de las montañas fué, haberse comenzado simultáneamente por ambos extremos y al encontrarse en el centro los trabajos, no haber discrepado el taladro arriba de media vara, que en una distancia tan considerable, me parece una friolera.

En toda la extension del túnel de Montcenis hay dos vías, de modo que cuando nosotros pasábamos por aquel antro, se escuchaba en medio de las tinieblas mas espesas, otros trenes que pasaban casi rozándose con el nuestro; de trecho en trecho suele haber alguno que otro boquete ó ventanilla practicada en la montaña, por donde entra la luz del dia, así como unos pocos vigilantes que iluminan con su farol; pero que únicamente se percibe su claridad aislada, apagando sus efluvios aquella atmósfera tenebrosa.

Terminó el pasaje del túnel y los viajeros respiramos el aire de la Francia; vimos á la izquierda las alturas y pasa-

mos por entre el valle de Chamounix, al que descendian algunos campesinos de ambos sexos, trayendo á cuestas un tercio de leña y las mujeres algun cántaro en la cabeza ó seguidas de un cabrito.

Terminó la altura y llegamos á la Aduana, en la que habiendo bajado los equipajes de los wagoes de carga, sufrieron su correspondiente escrutinio, y á poco, despues de haber vuelto á colocarlos en su lugar, continuamos nuestro camino hasta llegar á la estacion de Paris á las cinco de la tarde.

Muy contentó con haber venido á esta linda ciudad por tercera vez, al otro dia comencé á recorrer sus plazas y boulevards, dirigiéndome de preferencia á todos los sitios donde la Comuna habia hecho de las suyas quemando y arrasando los edificios. Ví, en efecto, que del palacio de las Tullerías habian quedado en pié apénas algunos trozos de columnas y muros destrozados y ennegrecidos; me encaminé en seguida al Hotel de Ville, palacio ántes

suntuoso y la obra de varios reyes, ornadas todas sus ventanas de estatuas y su fachada de rica ornamentacion, y quedé aterrado y melancólico al ver por tierra tanta grandeza y aquella obra de arte destruida y anonadada.

Al ver aquellos cuatro lienzos de pared llenos de abras, sosteniendo algun trozo de cornisa, ahumados y comenzando á brotar alguna que otra parásita por entre los resquicios; me trasladé con la imaginacion al frente de aquellas ruinas que habia visto en Roma, por las que habian pasado una serie de siglos, y no pude ménos de contemplar con tristeza aquella devastacion y de lamentar la ceguedad y la rabia de un pueblo, que por saciar su encono, habia destruido y aniquilado aquellas maravillas del arte, esos palacios, que eran el timbre glorioso de la Francia y el testimonio irrecusable de su civilizacion.

Fuí en seguida al palacio del Gobierno, que estaba situado en la calle de Rivoli, y me encontré sólo con escombros; igualmente con la columna

Vandome, caída en tierra y dividida en varios trozos.

A cada cosa de estas que veía yo y que ántes habia causado mi admiracion, sentia humedecer mis párpados y venian á mi mente mil reflexiones y recuerdos de la grandeza y poderío á que llegaron Nínive, Palmira, Babilonia y otras ciudades antiguas y que hoy de algunas apénas quedan vestigios y de otras rastro alguno, y trayendo igualmente á la memoria las evoluciones que se han operado en los imperios y en las naciones mas poderosas, decia yo: así como se ven en esta ciudad las ruinas de unos edificios que eran la gloria de un pueblo, que ayer se elevaban majestuosos desafiando al tiempo y hoy han desaparecido, de esta manera un cataclismo mayor podrá reducir á escombros esta bella metrópoli del mundo y mañana convertirse en un desierto ó pantanos insalubres, habitado solamente de reptiles inmundos.

A poco me dirigí á la calle Real, que corre entre la plaza de la Concordia y

la Magdalena, cuyos edificios todos vinieron á tierra y, creyendo encontrarme con los escombros, cuánta sería mi admiracion al verlos ya repuestos tal como ántes existian que parece que no habian sufrido las depredaciones de la comuna! Lo mismo pasaba con otros monumentos que en poco mas de un año de pasada la guerra, estaban ya reconstruidos. Esto explica el nervio y los poderosos elementos de un pueblo.

En fin, pasados unos pocos dias en que visité los lugares mas notables de Paris, traté de continuar mi viaje, porque anhelaba yo ya llegar á América lo mas pronto, pues deseaba ardientemente volver á respirar su atmósfera y abrazar á mis amigos.

En efecto, una de las noches pasadas, tomé el tren de la estacion de San Lázaro que salia para el Havre á las seis de la tarde, y á las doce de la noche llegué á este puerto.

Al otro dia, á las siete de la mañana, me embarqué en el vapor Ville de Paris que salia para Nueva York, y á la

media hora desatracó, teniendo enfrente, á la otra parte de la embocadura del Sena, el puerto de Hamfleur, en el que recordarás desembarqué cuando vine á Europa y esa fué la primera tierra que pisé del continente.

No dejó de conmovirme este recuerdo, añadiendo la circunstancia de que á los cinco años de permanencia, dejaba las playas de yo este hemisferio tal vez para siempre, y me lanzaba de nuevo á los peligros del mar.

Al otro día, á las siete de la mañana, llegamos á Brest, puerto de Francia; inmediatamente que el vapor atracó, salí yo á tierra y comencé á andar calles para conocer la ciudad. Es ésta alegre como la mayor parte de las ciudades francesas; aunque su población no es muy numerosa, según los transeúntes que se miran por las calles y plazas: aquellas son irregulares más que en su dirección, en el nivel del terreno, pues la ciudad fué edificada sobre las gargantas de una loma. Un río pasa casi por el centro de ella, en el que se

miran pontones y aún lanchas cañoneras y otros buques con soldados que hacen ejercicios; por causa de la desigualdad del terreno, los puentes y especialmente el del centro, es sumamente elevado sobre la superficie de agua, de modo que una goleta pequeña con sus velas, puede pasar cómodamente debajo de sus arcos.

Después de haberme paseado regularmente por los diversos puntos de la ciudad, me volví al vapor, que soltó sus amarras á las cuatro de la tarde para hacerse de nuevo á la vela, rumbo á Nueva York, sin tocar ya ningún otro puerto.

A pesar del deseo que siempre había experimentado de volverme a México, sentía yo alguna opresión y cierta melancolía al dejar á Europa, tanto por lo que había gozado en ella, como por los adelantos que me había proporcionado con los preciosos y abundantes elementos que encierra.

Europa, no se puede negar, es la tierra clásica de las artes y de las ciencias;

es el emporio de la civilización, el arsenal de todos los inventos, el país de los hombres que han iluminado el mundo con sus talentos, la tierra que domina el globo por el poder de la inteligencia que ha avasallado la India, la Australia y en un tiempo fué dueño de todas las Américas, y finalmente, Europa guarda los monumentos y la historia de todos los países.

Después que pase algún tiempo en mi país y que haga un viaje que deseo á las repúblicas del Sur, tal vez vuelva á Europa para rectificar las impresiones que recibí en mi primera visita y además conozca algunas más capitales, dignas de visitarse por sus monumentos antiguos y modernos.

Como no tengo ya qué decirte, amiga mía, me despida de tí hasta Nueva York, de donde volveré á escribirte; por ahora te deseo buena salud y que seas feliz.

Nueva York, Agosto 2 de 1873.

MARIA APRECIADA:

Como te comuniqué mis impresiones de Nueva York al marchar para Europa, como bien recordarás, en la presente me limito á anunciarte: que el sábado 9 de la entrante semana, marcharé para Colombia en donde me espera mi grande amigo Rafael Pombo, uno de los primeros poetas de la Nueva Granada, para hacerme cargo de la Academia Nacional de pintura que el gobierno de aquella República vá á instituir por primera vez en ella y necesito es-